

-LA MESA DE LOS TRES REYES-

-CRÓNICA DE UN ÉXITO ANUNCIADO-

El destino de esta excursión del club de montaña del Reicaz ha sido la ascensión al Pico de la Mesa de los Tres Reyes, con 2.445 m. de altitud, habiendo sido adelantada al 29 de junio pese a su inicial señalamiento para el mes de noviembre, dado que por imperativo de las condiciones de innivación en el Pirineo las ascensiones previstas a los tres miles se están viendo pospuestas este año cuanto menos a partir del mediados del mes de julio.

El atractivo de este Pico hizo que un nutrido grupo de expedicionarios recaláramos en el Hostal Kimboa de Ansó, punto de encuentro prefijado, para el reagrupamiento y dar cuenta de un buen desayuno por etapas, en la que los últimos de Filipinas pudieron eso sí dar cuenta de unas cuantas tostadas sobrantes, todo ello con tranquilidad y parsimonia ante el resto del grupo allí congregado.

Ya sea por lo atractivo de la historia, la mitología, el propio nombre del Pico o su lejana ubicación en el Valle de Ansó, partiendo del refugio de Linza, lo cierto es que todos los que allí estábamos creo que teníamos la sensación de que la excursión prometía, pese a lo avanzado del día, para lo cual después del desayuno se continuó la marcha en caravana por la carretera asfaltada que llega hasta el refugio de Linza, punto de partida de la excursión a 1.315 metros.

El recorrido en coche discurrió por un congosto espectacular, seguramente nuevo para algunos de los expedicionarios, precioso por la abundante vegetación y el entorno hasta abrirse en la pradera de Linza, donde en invierno existe una pista de esquí de fondo, y en la que el bonito paisaje nos dejó a todos boquiabiertos.

El comentario más generalizado era para muchos la gran cantidad de tiempo transcurrido desde la última vez que hollaron/hollamos este valle, y los buenos recuerdos que se atesoraban al respecto, por lo que aún antes de empezar a andar empezamos a contemplar plácidamente el paisaje mientras nos preparábamos para salir.

De repente algo ocurrió, un sonido extraño, atávico, un retumbar lejano surgido de las profundidades de la garganta de una bestia desafiante justo a nuestros pies hizo que todos dejáramos lo que estábamos haciendo y nos quedásemos paralizados ante la magnitud del espectáculo que se avecinaba y que ya intuíamos se iba a producir: el desafío de un toro hastiado de su soledad y soltería al amo y señor de una numerosa manada de vacas que por allí pastaban.

El pobre macho alfa, con lo tranquilo que estaba, tuvo que venir desde la otra punta para hacer frente a tamaña osadía, con parsimonia pero con un profundo cabreo, que explotó en cuanto se encontraron en una lucha que me atrevo a afirmar nos dejó sin palabras, con gran entorchado de cuernos, patadas al suelo levantando la tierra, los ruidos de los golpes entre sí, etc. hasta que finalmente el aspirante, valiente él pero quizás todavía un poco verde, tuvo que rendirse a la evidencia de que no era su momento, quizás más adelante pequeño, pero nos diste un gran espectáculo.

En el entretanto todos nos encogimos de terror cuando vimos a uno de nosotros, padre de dos hijos, forro naranja fosforito en ristre, atosigando y achuchando al morlaco referido, la tragedia se mascaba pero creo que el citado cornupedo no considero seriamente la amenaza ante la que se le venía encima, sino quizás otra gesta estaríamos relatando.

Empezamos a andar a las 10,45h, ¡buena hora! o ¡no está mal! como dijo alguno, pero la verdad es que estábamos relajados y la temperatura era perfecta para hacer montaña, con una media que tuvimos de 23º y un agradable y fresco vientecillo en los momentos de mayor calor.

Continuando con las curiosidades, más de uno se sorprendió e incluso se ofendió/picó (seguro) al tenerse que apartarse del camino de subida para dejar paso a ciclistas de BTT, alguna corredora de carreras de montaña que preparaba una carrera con un desnivel de 11.000 metros, ejem ejem no pensamos en nadie.... Y a una manada de perros asilvestrados que no nos abandonaron en todo el camino y nos estuvieron acosando hasta la cumbre de forma inmisericorde.

La verdad es que era curiosa la mezcla de vacas, esforzados ciclistas en BTT montados o porteando las mismas, corredores que subían y bajaban, perros, domingueros y experimentados y curtidos montañeros como nosotros, todo ello a lo largo de la subida por un entorno precioso, herboso y no demasiado exigente, en el que íbamos ganando altura sin darnos cuenta hasta llegar a un collado, cruce de caminos hacia el Petrechema que quedó ante nuestros ojos a tiro de piedra y donde realizamos la primera parada del día para reponer fuerzas y empezar a dar cuenta de las barritas energéticas y los chorizos picantes, según cada cual.

Tras despejar rápidamente algunas dudas por el estado de las palas de nieve finales, continuamos la marcha en un sube y baja entre neveros y hierba, hasta ya entrar por nieve por una buena huella, sin problema alguno, ascendiendo poco a poco hasta llegar nuevamente a desviarnos, observando a los que nos antecedian, para coger la cresta antes del repecho final y evitar así las últimas rampas de nieve descompuesta, que prudentemente decidimos evitar.

Finalmente, tras un último esfuerzo, llegamos a la cima del pico pudiendo observar unas preciosas vistas al Anie y al karst seminevado que lo rodeaba, el suelo de nubes

que cubría Francia y parte de Navarra, y la mole del Petrechema a nuestro lado, en la que su pudo contrastar que efectivamente los ciclistas en BTT llegaron a su cima, y es que no somos nada.

En la cima y ante San Francisco Javier disfrutamos de un buen vino, cerezas, y las viandas de cada cual, protegiéndonos eso sí de los ataques cada vez más desesperados de Cartucho, Dama y los otros dos, de cuyo nombre no me acuerdo, que entre el pienso desparramado que su amo les había dejado y los olores que desprendían nuestros alimentos, lo tenían bastante claro.

Tras la foto de grupo ante el castillo de Javier la bajada fue cómoda, tranquila y disfrutona, sobre todo el parte final ya por la zona herbosa de caída hasta el refugio que desde el collado y a lo lejos teníamos enfrente, llegando tranquilamente para refrescarnos en el agua limpia del arroyo que discurría en la llegada, y tomar en el propio refugio las consabidas jarras de cerveza con limón y Nestsle, mientras se aposentaban las vivencias compartidas.

Mención de honor especial para Pablo, que coronó sin problemas y mejor que muchos este Pico, por su pundonor y por habernos hecho más bucólica si cabe la ascensión con el dulce repicar de su campano.

Terminó la jornada retornando cada mochuelo a su olivo y el grupo mayoritario disfrutando de una buena cena de huevos fritos para asentar la tradición en Ayerbe, tras una gran jornada de montaña con un desnivel de subida realizado de 1.386 metros, con 16,48 km de distancia en un total de siete horas y media.